

Crónica Literaria

Por ALONE

"En la Ruta de los Parásitos", novela por Alberto Santelices (Océano). Por costumbre, por hábito rutinario, dicen todavía muchos o siguen pensando que los escritores chilenos, en esta país de costas, no miran bastante al mar, no lo celebran, describen y cantan suficientemente.

Una simple ojeada a los Premios Nacionales que Hernán del Solar araba de ponernos a la vista en su excelente libro comprueba lo "obsoleto" de esa creencia.

Nuestra literatura se ha hecho navegable.

Abre la maroma (no podía menos) "El admirante del buque fantasma" y le siguen "El Matador de Tiborconer", "Chilenos del Mar", "Langostas en la Bahía", "Tierra de Océano", "Cabo de Hornos", pléyade que integra el perla mínima, por sí mismo un océano.

Cada uno —D'Haimar, Salvador Reyes, Mariano Latorre, Manuel Rojas, Benjamín Subercaseaux, Celozne, Neruda— aporta su oír, su espuma y su voz sin contar otros, fuera de la lista, como el "Monumento al Mar", de Naldobro, formando una escudilla respetable, capaz de resistir muchas tempestades.

Con la debida reverencia, y sin olvidar las proporciones, confesé que ninguno me ha dado una emoción tan directa y real del marino en el desempeño de su misión, del hombre de mar apasionado y competente, como el autor de esta obra cuyo título desvela un poco: "En la Ruta de los Parásitos", por Alberto Santelices.

¿Quiénes son los parásitos? ¿Por qué, con qué intención figura allí ese término?

La explicación lleva a penetrar la entrada del libro, su doloroso drama, su queja sarcástica, suficiente y justa.

Se trata de la Marina de Guerra, y, condensada en su serie, la del país, la del momento histórico y la crisis de nuestra civilización.

Nada menos.

Lo prodigioso y excepcional es que, pese a su trascendencia y a que el conflicto se dibuja nítido, no hay declamaciones, ni dirigamientos, ni teorías, ni sueños. Ni siquiera demagogia.

Hechos, Verdades, presentes, palpables. Hombres activos y ocupados que trabajan y luchan profesionalmente, batallando día a día, cuerpo a cuerpo con el deber, héroes sin disfraz, paladines y servidores de la patria tan sencillos que con la lección y no se hacen nuevos.

Podrán otros superarlos por la magia de la imagen y la radiante de los períodos encadenados; Alberto Santelices los vence por el conocimiento y la noble experiencia. Los demás admiro una sospecha de que han ido al mar con intención poética y que han aprendido cierto vocabulario. Alberto Santelices lo emplea como su idioma. No cuida de explicarlo ni definirlo, da por sentado que los demás lo entiendan y usan en la vida su léxico y su gramática.

El tacto, un sutil sentido de radar, le evita obscuridades que podrían desconectar. Lejos de eso, su relativa indecisión favorece el relato, le proporciona imprecisas resonancias y convence de que el narrador sabe lo que dice, insinuando que, a sus ojos, no es un ignorante y puede aún ser tratado como capaz de entender.

Si Alberto Santelices ha empleado ese procedimiento como técnica, no habría podido hallar otra mejor; pero probablemente lo ha hecho por intuición, porque aquello le sale así, naturalmente.

La impresión que produce es de una autenticidad absoluta. De ella, como fruto lógico, el convencimiento alevigante.

Empieza la historia.

"Era un día de sol en el puerto militar de Talcahuano. Dos pequeñas escuadras empiezan a filtrarse lentamente por la compuerta del dique. Luego se transforman en dos pequeñas calaritas de agua blanca y espumosa, que van inundando lentamente el abismo de concreto en cuyo fondo vice varado un buque. De día en la toldilla el teniente Pheon observa distraído cómo se enciende el agua por el fondo del dique y cómo flotan pequeñas maderas junto a arduas de viento blanco. Hasta más de un mes que habían estado con el buque; las compuertas, al cerrarse, las dejaron apisonadas y en seco. —¿Cuánto faltará para salir?

se preguntó. Pensó que ello debería ser a las once de la mañana. Miró su reloj pulsera. Aún faltaban dos horas. Lanzó al agua los restos del tabaco de la pipa que fumaba y se dirigió despreocupadamente hacia el puente de gobierno. Se afirmó en la rueda del timón. Los vientos de la ventura de corresponsa del puente le devolvieron su imagen. Se agregó la cocha. Al improvisado espejo mostraba una figura curiosa, pero agradable". Con elementos tan simples, en ese tono llano, objetivo, sereno, la narración va desplegándose ante nuestra vista, ya tranquilamente interesada.

Aparece un guardamarino jovenito, recién salido de la Escuela Naval. Luego otros hombres de la tripulación. Todos se lavan, se afeitan, visten la tunda reglamentaria. Uno empieza a preguntarle con curiosidad, no sin la leve aureola del lector de novelas ante una intriga incipiente, adonde iremos, cuál será el rumbo, qué fin tendrá.

¿Suspecha?

No tanto; pero un poco.

Zurpa el buque remozado y endereza poco al sur. Va a Punta Arenas. Así eran las órdenes; pero un escamoteador suya está seguro de su ruta. De pronto, un llamado de auxilio impostergable lo lanza a toda máquina en sentido contrario. Al norte hay un pesquero al garete y pide socorro. Órdenes, voces, trajes, maniobras, agitación a bordo.

Un placer se inicia en el ánimo del que asiste a todo eso, navegante comodamente instalado con el libro cuyas páginas desfilan rápidas, pero sin soltar su secreto, ese título enigmático.

Sólo allá en los últimos capítulos, desmantiladas las fugaces escenas de amor, "los marineros beben y se van" (ignoran cruzar dos o tres mujeres hipodélicas) empapados, a fuerza de pruebas tangibles, del sacrificio, de la disciplina rigurosa, del valor que no duda en las tempestades, movido por el ciego y orgulloso amor a Chile que todos aquellos hombres tienen desde adentro y el desprendimiento leonario con que lo sirven, obedientes a un mandato del alma, de las nervios, de la entraña, entonces, en una sola palabra el motivo de la historia, sí, como un axioma.

Sucedió en Valparaíso, a poco de haber desembarcado, felices de verse vivos después de un infernal varón que les llevó a dos dedos de la muerte y tras haber librado la vida a otros, amagados por el furioso mar, un desfile estudiantil de muchachos melencólicos, vociferantes, pinto en sí, frenéticamente persuadidos de su misión revolucionaria, para gritando en son de guerra: ¡abajo la guerra de... que cesen los bombardeos en... mueran los imperialistas... Uno de ellos, viendo al comandante de Marina, muerto de hambre, de sed, de sueño y agotamiento, pero impenable, no puede resistir, escupe "¡coño asco!" y le lanza, rabiosamente:

—Parásito!

Tiene Alberto Santelices el buen gusto un tanto heroico de retener todo paleolítico. "Los buenos sentimientos hacen los malos libros". Al verse amenazado, deriva hacia la ironía apenas tollida de amargor. Y sonríe. Comprende. Se encoge de hombros. No devuelvo al insultador golpe por golpe ni lo abrumo; tal cuidado lo deja al lector. Para eso, la realidad, los hechos, las andanzas, el sacrificio, el poco sueño, la ninguna esperanza material, la pasión vital por el oficio que desafía la muerte.

Todas las viejas virtudes que, estalladas, se anulan, cubren en la acción poder irresistible.

Lo que no logra el confinamiento de quienes aguzan el arte y multiplican sus combinaciones, graduaciones, apendices, contraindices, éste que marcha a paso militar y breve, sin adornos, brusco a veces, lo obtiene pedestre y naturalmente: apretar la garganta, cerrar un momento el libro y, aflojado el nudo de la emoción, reabrirlo para seguir leyendo, mas no como quien lee, sino como el que presencia y vive.

No acortamiento a la realidad alcanza límites en que más de un relucido detendrá su acceso a la literatura, alegando razón porque los relucidos se ahogan a todo, falta de estilización, ausencia de compostura, esquematismo y prosa.

Notas:

Es lo que se necesita.

Pedraza Rojas, noviembre de 1989.

En la ruta de los parásitos" [artículo] Alone.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En la ruta de los parásitos" [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa